

de la producción, comercialización y las relaciones sociales (p. 318).

Consideramos que su trabajo cumple con los dos requisitos básicos que Mari-chal considera indispensables para un buen libro de historia: proporcionar información nueva sobre el tema de estudio y formular hipótesis que inciten al debate.

Irving Reynoso Jaime
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DEL ESTADO DE MORELOS

Atlántida Coll-Hurtado y Aurea Com-mons, *Geografía histórica de México en el siglo XVIII: análisis del Teatro americano*, Instituto de Geografía-UNAM, México, 2002, 154 pp.

Geografía histórica de México en el siglo XVIII: análisis del Teatro americano es un libro que se ha presentado sin alardear de la gran importancia del material que rescata, del valor de sus análisis e interpretaciones y de las interminables horas de trabajo requeridas para sistematizar información muy difícil de reconvertir a lenguajes y a ubicaciones modernas.

Los que hacemos geografía histórica sabemos lo que hay detrás de un libro como éste: efectivamente, muchas, muchísimas horas de agotadoras y, con frecuencia, ingratas jornadas. Esta obra, de 90 páginas de texto, 20 mapas, cuatro apéndices con tablas estadísticas y una base de datos digital, hace un aporte muy importante, no sólo a la geografía histórica de México sino, además, a la historia de la geografía en México.

El libro rescata y, sobre todo, revalora una obra fundamental y única. El *Theatro*

americano es un estudio sistemático del territorio de nuestro país, innovador por su compendio de estadísticas socioeconómicas tratadas con una clara dimensión espacial, por ser quizá la primera geografía regional de México y el prolegómeno de una noción fisiográfica del territorio. Pero, además, es un estudio geopolítico que, como bien señalan las autoras, contribuyó a la gestación de la identidad novohispana, y fue plataforma para algunas de las reformas borbónicas que reestructuraron la organización territorial y administrativa de Nueva España, y de la que el México independiente heredó parte sustancial.

José Antonio de Villaseñor y Sánchez compendió su obra prima en el tiempo en el que llegaba a término la consolidación del sistema colonial de España por tierras americanas y cuando el espíritu ilustrado empezaba a sacudir el pensamiento del antiguo régimen. Apareció publicada en la década de 1740, después de casi un siglo de escasez de información, y dentro de lo que podríamos llamar una nueva forma de concepción de la geografía que superaba las relaciones geográficas del siglo XVI. En el *Theatro americano* gran cantidad de datos demográficos y económicos fue tratada por primera vez de una forma sintética y analítica que, con excepción de Yucatán, abarcaron todo el territorio de Nueva España de una manera desagregada que lo convierte, a decir de los especialistas, en la primera geografía regional de México.

Desigual, fragmentada y difícil fue la llegada a Nueva España de las nuevas ideas, de las posiciones filosóficas, políticas y científicas que se manifestaban en Europa, particularmente en Francia, frente a la realidad que ofrecían los grandes temas

de reflexión, de estudio y de análisis. La Ilustración se originó donde se daban las condiciones para que ello sucediera: un intrincado sistema feudal en crisis terminal, unos sectores sociales ávidos de trasladar por fin la salvación a este mundo y al tiempo presente, y un acervo de avances científicos y humanísticos acumulado a lo largo de los siglos precedentes hicieron posible la eclosión de lo que fue conocido como el siglo de las luces.

Imposible comprender y explicar los fenómenos de cambio de mentalidad fuera de su marco histórico, es decir, de su momento y de su lugar; pero para el siglo XVIII hacía tiempo que el mundo se globalizaba, y las ideas eran mucho más difíciles de restringir y de controlar que cualquier otro elemento de cultura, que de por sí va y viene a pesar de todos los controles, diques y aduanas que se le quieran poner. En el siglo XVIII, Nueva España era tan arcaica como su metrópoli, y aunque ni aquí ni allá la característica dominante era la impetuosa inquietud de cambio, el influjo de la modernidad protagonizada por las afanosas burguesías europeas más avanzadas, y concretada en ideas novedosas y desafiantes, también se hizo sentir y se extendió, en ambas latitudes, como prestigiosa bandera de vanguardia. Esta comprensión racional y científica del territorio y de su historia era necesaria para consolidar las fronteras y las identidades nacionales, al igual que la búsqueda de simplificaciones en todos los aspectos de la administración pública, a fin de ejercer el poder de forma más eficiente y expedita.

En Nueva España, los sectores criollos con acceso a la educación superior, especialmente impartida por los jesuitas y de la que Villaseñor y Sánchez era producto,

serían los que contarían con la preparación necesaria para desarrollar una obra de gran valor y originalidad en el espíritu de la época. Escribir la propia historia y aprehender el propio espacio fueron sus tareas primordiales y, en ese sentido, don José de Villaseñor y Sánchez fue a la geografía novohispana lo que Francisco Clavijero a su historia; con sus trabajos, ambos contribuyeron a que la nación en ciernes, que éramos entonces, se pudiera mirar a sí misma a través de un espejo suyo. La búsqueda de una identidad particular fue su empresa, pero las herramientas para alcanzar el objetivo fueron herramientas universales. Los dos tomos del *Theatro americano* constituyen un sumario geográfico del virreinato elaborado con criterio y método científico, y es por ello una obra ilustrada en el amplio sentido del término.

Hoy, en el libro de Aurea Commons y Atlántida-Coll-Hurtado, tenemos una formidable traducción y una complementación cartográfica a la obra de Villaseñor y Sánchez desde una perspectiva contemporánea. La larga y dificultosa labor que han realizado ambas investigadoras nos ofrece un excelente análisis del *Theatro americano* desde cuatro perspectivas: la de la información eclesiástica, la de la división política, la del estudio de la población y la de las actividades económicas de Nueva España en la primera mitad del siglo XVIII; sin duda, estamos obligados a agradecer a las autoras y a felicitarnos por el trabajo que nos ofrecen con la publicación de este volumen.

Eulalia Ribera Carbó
INSTITUTO MORA